El dormitorio de la casa de cristal

Obra original de Shyvirelle · Versión completa para lectura e impresión

Dalia llegó a la casa de cristal con una libreta impermeable, tres lápices y la convicción de que ningún invernadero necesitaba un vigilante tan lejos de la puerta.

El hombre la esperaba junto al portón, a unos veinte pasos de los primeros vidrios. Llevaba una gorra gastada y sostenía las llaves por el aro, como si el metal estuviera caliente.

—Me llamo Roque. Yo abro la verja y cierro la verja —dijo—. Lo de dentro es trabajo suyo.

La finca había pertenecido a una familia de coleccionistas. Después de años de abandono, una fundación compró el terreno para convertirlo en jardín público. Dalia debía identificar los ejemplares que podían salvarse, registrar los desconocidos y decidir cuáles necesitaban un traslado urgente. La oferta incluía alojamiento durante una semana: una habitación diminuta dentro del invernadero principal.

—¿Usted no entra nunca? —preguntó.

—Ahora no.

Roque dejó las llaves sobre una piedra. Ni siquiera estiró el brazo por encima del umbral. Cuando Dalia quiso saber dónde estaba el dormitorio, el hombre señaló una puerta interior, al fondo de una galería de helechos.

—Hay una segunda cama —añadió—. No la mueva.

La estructura era más grande de lo que mostraban las fotografías. Bóvedas de hierro verde sostenían un techo de cristales desiguales; las paredes parecían continuar en otras paredes, separadas por puertas correderas y bancales de piedra. Había olor a tierra húmeda, a hojas viejas y a algo que Dalia no conseguía nombrar: la sensación de una habitación cerrada desde hacía mucho tiempo, aunque las ventanas estuvieran abiertas.

Las plantas recientes eran fáciles de distinguir. Tenían etiquetas blancas y tierra todavía oscura en sus macetas. Todas, sin excepción, inclinaban las hojas hacia el mismo punto del pasillo. No hacia el sol, que caía por los ventanales del oeste, sino hacia el dormitorio.

Dalia probó a girar una maceta. Pasados unos minutos, las hojas quedaron otra vez orientadas hacia la puerta. No escribió «anomalía» en la libreta. Escribió: «Revisar ventilación y orientación».

Dentro del dormitorio encontró dos camas de hierro. Una tenía sábanas limpias y una manta doblada; la otra, junto a un tabique de cristal opaco, estaba hecha con una pulcritud anticuada. No había polvo sobre la almohada. En la pared colgaba un marco vacío, y en el suelo se veía una raya oscura, paralela a la cama, como si alguien hubiera arrastrado el tabique unos centímetros.

Dalia abrió una ventana. El pestillo cedió, pero el aire no se movió. El follaje que alcanzaba a ver al otro lado permaneció quieto.

Aquella primera noche durmió con la libreta bajo la almohada. Despertó porque su propio aliento sonaba fuera de su boca.

No era un eco. Oía el breve roce de la respiración en el extremo opuesto del cuarto, junto a la cama vacía, y luego sentía el aire abandonar su pecho. Se incorporó. La habitación estaba silenciosa. Contó los barrotes de los dos respaldos y esperó a que la inquietud perdiera forma.

Cuando volvió a acostarse, el sonido regresó: una exhalación junto a la almohada de la otra cama, un instante antes de la suya.

Por la mañana, la hilera de baldosas entre ambas camas tenía una pieza menos. Dalia recordó haber cruzado el espacio sin rozar el pie de la cama; ahora debía avanzar de lado. Pensó que el cansancio le había deformado el recuerdo. Midió la distancia con una regla plegable: ciento ocho centímetros.

Roque la esperaba al otro lado de los cristales.

—¿Cuánto mide la habitación? —le preguntó Dalia sin saludar.

—Depende de cuándo.

—¿Eso es una broma?

—Ojalá lo fuera.

El vigilante no quiso dar más explicaciones. Sí aceptó buscar planos en la caseta de herramientas, donde guardaban los archivos de la antigua finca. Dalia decidió pasar el día en el inventario: tenía una ocupación concreta, la puerta principal seguía abierta y nadie podía obligarla a dormir otra vez allí.

Pero cerca del mediodía encontró una planta que no estaba en la lista de compra. Crecía en una maceta sin etiqueta, con hojas tan finas que se volvían transparentes al mirarlas a contraluz. Desde la punta de cada una pendía una gota de agua. Las gotas no caían: se alargaban hacia la cama, siguiendo una corriente que ella no sentía.

Al caer la tarde, un viento fuerte recorrió la colina. Roque cerró las ventanas exteriores para evitar que los paneles sueltos golpearan los cultivos. Dalia le pidió la llave del portón por si decidía marcharse de noche. Él se la entregó sin discutir, y le ofreció dormir en la caseta.

—Voy a terminar unas mediciones y saldré antes de oscurecer —respondió ella.

No cumplió. Encontró el primer plano a última hora, atrapado entre hojas de inventario, y se quedó examinándolo hasta que en el techo empezó a golpear la lluvia. El dormitorio aparecía dibujado con dimensiones distintas en dos fechas separadas por once años. En el más reciente, la pared junto a la cama antigua estaba desplazada casi un metro.

Dalia miró el reloj. La lluvia había ocultado el camino de la caseta y las puertas correderas de la galería temblaban con cada ráfaga. Se dijo que esperaría a que escampara. Se sentó en su cama sin intención de dormir.

A las once, la habitación dejó escapar un largo suspiro.

La manta de la cama antigua se hundió por el centro. No como si alguien se sentara: primero descendió un extremo, luego el otro, hasta marcar dos depresiones estrechas donde habrían descansado unas piernas. Dalia se acercó con la linterna encendida. No había nada sobre la tela. Entre el hierro y el tabique, la superficie del vidrio estaba cubierta de un vaho que respetaba una silueta vertical.

Ella dio un paso atrás. Sintió que el aire le salía de los pulmones antes de haber decidido exhalar. Cada vez que trataba de llenar el pecho, una respiración ajena parecía adelantársele en la otra cama. No era dolor. Era la terrible impresión de que el cuarto disponía de un turno y ella ya no lo ocupaba primero.

Corrió hacia la galería. La puerta estaba donde debía, pero la mesa de trabajo se había acercado al marco. Miró las baldosas: la raya oscura avanzaba por el suelo. Durante unos segundos, los tabiques de cristal se deslizaron con una lentitud casi imperceptible, sin ruido de ruedas ni de bisagras. Después se detuvieron.

Dalia salió al pasillo. Podía alcanzar el portón, y de hecho empezó a caminar hacia él. Se detuvo cuando vio las macetas nuevas. Sus hojas no apuntaban ya a la puerta del dormitorio: se orientaban hacia un punto preciso sobre el colchón, como si siguieran el movimiento de alguien que se había incorporado.

En su libreta había un croquis de la distribución original. Al caer la tarde, Roque le había alcanzado otra hoja del plano en un sobre húmedo. Dalia la sac□ del bolsillo del abrigo que se había puesto para huir.

Era un alzado, no una planta. Mostraba las dos camas y, sobre la antigua, un volumen sin contorno sólido: un cuerpo humano dibujado con líneas cortas, como las que usan los arquitectos para indicar el paso del aire. Bajo el esquema había una anotación de otra mano: «Mientras haya quien duerma aquí, la señora seguirá respirando». Más abajo, con tinta desvaída: «La pieza se ajusta al lugar que resta».

Dalia pensó en el vaho que dejaba una silueta sin empañar. La cama no estaba vacía. Estaba ocupada por la forma de una persona hecha de aire, sostenida a costa de la respiración de quien aceptara pasar la noche bajo aquel techo. Los tabiques cerraban lentamente el dormitorio como los dedos de una mano alrededor de una vela.

No supo si la señora del plano había pedido seguir allí. Tampoco quiso averiguarlo.

Regresó al umbral solo para recuperar la linterna. El cuarto se había estrechado tanto que la cama de Dalia rozaba la otra. La figura invisible levantó algo semejante a una cabeza: las sábanas se hundieron donde habría descansado un hombro, y el vidrio recogió una nubecilla de vaho a la altura de un rostro.

—No soy su relevo —dijo Dalia.

Su voz fue absorbida por el techo. Ni el vidrio vibró.

Recordó entonces una anotación del inventario: sobre la galería principal había una claraboya corrediza, instalada para liberar el exceso de calor en verano. Su mecanismo era antiguo y se accionaba desde una pasarela lateral. El plano marcaba una escalera de servicio al final de los bancales. Si conseguía abrir una parte considerable del techo, dejaría de haber un espacio cerrado que el dormitorio pudiera reducir.

El aire volvió a salirle del pecho antes de tiempo. Dalia bajó la cabeza, se sujetó a la barandilla y avanzó por la galería. A cada paso sentía que el invernadero esperaba otra exhalación. Subió la escalera sin mirar atrás. La pasarela temblaba bajo la lluvia, pero estaba abierta al resto de la nave y aún quedaba espacio para caminar.

La manivela de la claraboya no giró. Dalia se quitó el abrigo y lo enrolló en torno al mango para sujetarlo mejor. Probó otra vez. Una bisagra se quejó en la oscuridad. Abajo, una fila de cristales comenzó a empañarse al mismo tiempo, desde el dormitorio hasta la escalera, como si algo enorme estuviera intentando encontrarla.

La manivela cedió de golpe.

Una rendija negra se abrió en el techo. Entró el viento, trayendo olor a lluvia, tierra y leña quemada desde las casas del valle. Dalia giró hasta que la claraboya se levantó lo suficiente para dejar pasar un soplo que barrió los pasillos. Las hojas nuevas se sacudieron por primera vez en dos días. En el dormitorio sonó un crujido largo; el vaho desapareció de los cristales, y los tabiques dejaron de avanzar.

Cuando llegó al portón, Roque ya estaba allí, con una lámpara bajo la lluvia. No le preguntó qué había ocurrido. La acompañó hasta la caseta y le dio una manta seca.

—¿Quién era la señora? —preguntó Dalia, todavía con la mano sobre el pecho.

Roque miró el invernadero. Una franja abierta en el techo dejaba salir una neblina pálida.

—Yo era niño cuando mi padre vigilaba aquí. Decía que había personas que temían tanto quedarse solas que preferían no dejar marchar a nadie.

No añadió otro nombre, y Dalia tampoco insistió.

La fundación suspendió las obras durante meses. En el informe, Dalia registró el desplazamiento de los tabiques, las medidas que había tomado y la necesidad de revisar la seguridad de la estructura. No incluyó a la ocupante de aire: no tenía manera de probar su presencia y no quería convertirla en una historia para visitas guiadas.

Volvió a trabajar lejos del invernadero. En el laboratorio de una escuela, catalogó semillas; en un jardín público, cuidó los primeros brotes de primavera. Aprendió a mantener abiertas las ventanas, aunque hubiera frío.

Un día llevó a su apartamento una maceta de tomillo. La dejó sobre el alféizar y se olvidó de ella mientras preparaba la cena. Por la mañana encontró una franja de tierra lisa, sin raíces ni tallos, que atravesaba el centro de la maceta. El resto estaba verde. Cambió la planta de lugar. Otra maceta, en el mismo alf□izar, amaneció marcada tambi□n.

Con el tiempo descubrió otras: un círculo sin musgo bajo la ventana de una pensión, una línea desnuda en una jardinera de un albergue, una zona sin brotes en el salón de su hermana. Siempre después de pasar ella la noche en una habitación cerrada. Nunca en balcones, patios o jardines abiertos.

Dalia no volvió a oír aquella respiración. A veces, sin embargo, al cerrar una puerta, mira el espacio que queda entre los muebles. Le parece el lugar suficiente para una persona. Y eso, precisamente, es lo que más teme.